

## PARA MARIO PAYERAS, SIN AMARGURA O SOMBRA

*Bajo el Volcán* núm. 20, año 12, marzo-agosto 2013

Adolfo Gilly<sup>1</sup>

Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades  
de la Universidad Nacional Autónoma de México  
agilly@unam.mx

Como casi cada noche de aquellos días, estábamos con Mario Payeras sentados a la mesa de la cocina, tarda la hora de la merienda. Pasó por la casa un compañero, contó anécdotas del día y, al comentar alguna tontería de otro, dijo: “Ese merece que lo fusilen”, estuvo un rato más y se fue.

“Qué fácil dicen fusilar”, murmuró entonces Mario. Habló en voz baja, como casi siempre, y con una especie de tristeza lejana. Era el mes de agosto de 1994, cuando él y Yolanda Colom estuvieron viviendo unas cuatro semanas en nuestra casa en San Andrés Totoltepec. Ya había ocurrido la insurrección indígena del 1° de enero de ese año y estaban muy cerca las elecciones presidenciales del 21 de agosto.

Era suave que allí estuvieran en esos días tensos, agitados, cuando uno llegaba agotado al fin del día y encontraba amigos, calma, palabras para mitigar lo duro de la jornada. Yo les decía que Dios me los había enviado. Creían ellos que era cumplido mío, cuando era pura verdad, aparte de la todavía no resuelta cuestión sobre la existencia de Dios o del destino.

Solía preguntarme Mario, en alguna de esas conversaciones, acerca del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR13), sobre Marco Antonio Yon Sosa y Luis Augusto Turcios Lima. Así fue como, tal vez en esa ocasión, le conté la historia de Chus.

Era en diciembre de 1964. Estábamos en el campamento que después se llamó de Las Orquídeas, donde se discutió la Declaración de la Sierra de las Minas. Allí habían convergido, para esa reunión, dos pequeños destacamentos de los frentes guerrilleros del MR13, comandados uno por

Yon Sosa y el otro por Turcios. Con éste venía su inseparable compañero indígena Socorro Sical, que años después sería asesinado junto con Yon Sosa por el ejército mexicano en las tierras de Chiapas.

Una de esas noches, junto al fuego, pregunté a Turcios por qué llamaban a ese lugar campamento de Chus. El comandante se puso serio y empezó su relato. Jesús, o Chus, era un campesino combatiente de su frente. Era cumplido y seguro. Una mañana sus compañeros encontraron un mensaje suyo en el cual decía que ya no soportaba más tanto tiempo lejos de su familia, que iba a verla y se regresaba. En términos militares era una desertión y Chus lo sabía. Si caía en manos del ejército sería torturado, y si hablaba podría poner en peligro inminente a la guerrilla. En términos de Chus, era nomás la insoportable nostalgia campesina por los suyos: voy un ratito y vuelvo.

No había de otra. Salió una patrulla a buscarlo y lo alcanzó fácilmente, puesto que Chus no andaba huyendo: había dejado dicho a dónde y por dónde iba. Lo trajeron prisionero, le hicieron saber su responsabilidad y un tribunal lo condenó a la pena correspondiente a la desertión en la dura disciplina de esa guerra: el fusilamiento. El hombre escuchó, reconoció sin dificultad su desertión y dijo que ni modo, que así era. En la tradición de tantos fusilados, regaló su reloj a un compañero y su navaja a otro. Nada más tenía como bienes de este mundo. Se formó el pelotón, Chus lo enfrentó con calma y lo fusilaron.

Todos escuchábamos en silencio, a Turcios se le estrangulaba la voz y, la verdad, unas lágrimas le caían por las mejillas. “Ahora ya sabés por qué le pusimos a este lugar campamento de Chus”, me dijo. No era yo quién para otra pregunta y no dije nada más. Después nos fuimos a dormir. Creo que llovía sobre los *nylons*.

No hay sin embargo ejército, revolucionario o no, sin la pena de muerte. Lo escribió hace mucho en su autobiografía León Trotsky, organizador y jefe del Ejército Rojo en los años primeros de la Revolución rusa, cuando tuvo que mencionar el papel que su tren militar cumplió recorriendo durante dos años y medio todos los frentes de guerra contra los ejércitos invasores:

No se puede construir un ejército sin represalias. No es posible llevar a la muerte a masas de hombres a menos que el mando del ejército tenga en su arsenal la pena de muerte. Mientras esos maliciosos simios sin cola tan orgullosos de sus proezas técnicas –los animales que llamamos hombres– sigan construyendo ejércitos y librando guerras, el mando siempre se verá obligado a colocar a los soldados ante la posible muerte en el frente o la inevitable muerte en la retaguardia. Y sin embargo los ejércitos no se construyen sobre el miedo. El ejército del zar se hizo pedazos no porque le faltara ningún tipo de represalias. En su intento de salvarlo restableciendo la pena de muerte, Kerensky sólo logró acabarlo. Sobre las cenizas de la Gran Guerra, los bolcheviques crearon un nuevo ejército. Estos hechos no necesitan ser explicados a nadie que tenga un mínimo conocimiento del lenguaje de la historia. El cemento más fuerte en el nuevo ejército eran las ideas de la Revolución de Octubre y el tren llevaba a los frentes ese cemento.

Una guerrilla no es exactamente lo mismo que un ejército. Quienes están en ella están por su propia voluntad. La disciplina y los reglamentos tienen bases diferentes. Es, no obstante, disciplina, reglas cuya aplicación pasa por el juicio, la inteligencia, la sensibilidad de los seres humanos que a ellas se sujetan. El homenaje al campesino fusilado por una desertión que en su conciencia no era tal, atestiguaba la duda y la angustia del comandante que había aplicado una disciplina que al otro le resultaba ajena.

Esa noche de agosto en San Andrés también hablamos con Mario Payeras de Yon Sosa. Marco Antonio Yon Sosa era, al igual que Turcios, un teniente del ejército guatemalteco que bajo la influencia de la Revolución cubana se había alzado en armas contra la dictadura de los terratenientes. A ese militar que había organizado una guerrilla campesina, no le gustaba fusilar. Nunca, a cuanto sé, lo hizo. A diferencia de tanto civil que termina por creerse militar porque ha leído algunos manuales, carga arma al cinto y otros obedecen sus órdenes, Yon Sosa no era dogmático y tenía un singular respeto por la vida humana. No confundía la disciplina de las armas con la intolerancia de las ideas. Le era ajena por eso la sectaria y atroz inclinación de otros a utilizar el pretexto de la disciplina para, en realidad, castigar con la calumnia y la muerte las divergencias en el pensamiento.

En un sonado caso en que un guerrillero bajo sus órdenes mató a otro en una disputa sin razón de ninguno, y pese a que no había allí duda sobre el delito y su pena, Yon Sosa se resistió a aplicarla. Dejó al hombre su arma, lo mantuvo en sus filas y nomás le demandó que encabezara las acciones de mayor riesgo para recuperar la confianza de sus compañeros. Es que ese teniente rebelde con alma campesina sabía de seres humanos mucho más de cuanto puede aprenderse en los manuales y en los cursos. Para su fortuna y la de otros, no había pasado por esa escuela de dogmatismo partidario que tanto estrago hizo cada vez que sus discípulos tuvieron poder o armas en la mano.

Mario Payeras escribió mucho sobre la guerrilla, sus ideas, sus dificultades, sus mitos y sus verdades: *Los días de la selva*, *El trueno en la ciudad*, otras historias. Tomaba notas mientras yo hablaba, porque andaba rescatando recuerdos y versiones de la guerrilla de Yon Sosa. Tenía cierta afinidad con ese hombre a quien no había conocido, pero cuya singular apertura de espíritu le había alcanzado de un modo u otro.

Mario no tenía la marca de la milicia en su modo de ser. Su disciplina era de otro tipo: la del esfuerzo y la voluntad subordinados a un fin libremente escogido, la de las penalidades a las cuales hay que sobreponerse y en el hacerlo se van haciendo el carácter, la paciencia y también, si el alma aprende, la tolerancia. Poco de eso es simple don del cielo. Casi todo se aprende, cuando se quiere, como se aprende a leer y escribir, a escuchar música o a hacerla, a manejar las armas y a conocer la gente. Y si menciono estas múltiples y dispares artes, es porque eran algunas de aquellas en las cuales Mario Payeras había ejercitado su voluntad.

No era la primera vez que Mario estaba en nuestra casa, la de Carolina y mía. Esos días, sin embargo, pude observarlo con más tiempo y como quien no está mirando. Tenía movimientos de sigilo, como entre gato, puma y sombra que se mueve por el amplio y altísimo espacio convexo de la sala, por la cocina, por el jardín de atrás donde reconocía por sus cantos los nombres de los pájaros. Eran para mí días de tensión. Regresaba yo tarde y algunas veces Mario y Yolanda ya se habían ido a dormir y otras estaba él solo con alguna lectura. Pero cada noche encontraba la mesa tendida: el plato, el vaso, los cubiertos, el pan esperando al tardío.

Para Mario y Yolanda era, supongo, una costumbre natural. Para mí era un gesto singular, algo que yo conocía desde hacía mucho cuando en los días más difíciles vivía con otros compañeros y el que llegaba tarde encontraba el silencioso afecto que lo estaba esperando en una mesa tendida para él sin que ya nadie estuviera en la cocina ni nada se dijera al día siguiente.

Me preguntaba entonces y nunca se los dije: “¿Por qué lo que esta gente hace se parece tanto a mis mismas costumbres de antes, si yo las aprendí entre los trabajadores industriales de Buenos Aires y ellos pertenecen a Guatemala, en el otro extremo del continente? ¿Cuál es la afinidad, cuál el origen?”. Sí, lo sé, cualquier viejo anarquista italiano o español habría sabido darme la sencilla respuesta, pero pese a lo obvio mi asombro no cedía. O tal vez no era asombro sino gusto de considerar lo obvio y de sentir que uno, años más días menos, no anduvo caminando en vano. Tampoco Mario, tampoco Yolanda, pese a una carta de mayo de 1994 donde ella empieza hablando de “estos años de soledad y derrota, de desempleo y similares visitantes de nuestra vida”, para terminar haciendo varios y diversos planes sobre la vida.

Calma, silencio, tenacidad parecían caminar junto con Mario en esos años. No quiero aquí hablar de sus ideas y propuestas para Guatemala, porque ése es otro escrito y no es a mí a quien toca. Quiero decir, en cambio, que junto a esas compañías que con él caminaban, a mí se me hacía, cada vez que volvía a verlo, que Mario se iba desapareciendo. Absorbido y entusiasmado por *Jaguar-Venado*, su revista guatemalteca y mexicana, lo veía yo sin embargo hacerse como más delgado, como más leve, como más frágil sombra que se desvanece sin irse todavía.

Su último proyecto de ir a Guatemala a presentar la revista lo había entusiasmado. “Piénsalo bien”, le dije. “Ellos no han cambiado, te están esperando.” Mario pesaba con cuidado cada pro y cada contra. Tenía la ilusión de regresar para el aniversario –medio siglo– de la Revolución de Octubre de 1944. Al final, fueron ellos los que decidieron impedirle la entrada con la hipócrita argucia de una exigencia de rendición vestida de amnistía. Mario, sin embargo, iba a buscar la paz, como ya lo había escrito

con todas sus letras. Pero es que ellos no querían la paz sino la guerra, abierta o encubierta.

Empecé hablando de la guerra. Hay modos distintos de llevarla y razones diversas para hacerla. La violencia es siempre indeseable. Hay quien dice, empero, que todas las violencias son iguales, así sea la del que ejerce la violencia contra los indefensos, los desprotegidos y los desarmados o la del que se arma para resistir, recurso último, al reinado sin piedad de esa violencia.

En nuestras largas y duras guerras latinoamericanas, la línea divisoria entre una y otra violencia—línea al parecer inexistente para quienes creen que todas son iguales, cuando en realidad viven y escriben al amparo de una de las violencias, la que en tiempos de paz se declara legítima— es nítida y precisa: la tortura. En cada uno de nuestros países, quienes con violencia defienden el orden existente ejercen la tortura en cualquiera de sus atroces variedades; quienes contra ese orden se levantan, jamás de los jamases. Pues si lo llegan a hacer se convierten en aquello que dicen combatir. Si tanto humanista de salón como anda suelto no alcanza a ver esa línea divisoria, que es también una línea del honor y la decencia, es que no quiere usar el don de la razón que a todo ser humano le es dado.

En aquellas noches de julio y agosto hablé con Mario no sólo de los tenientes guatemaltecos Marco Antonio Yon Sosa y Luis Augusto Turcios Lima, entrenados en alguna base del ejército de Estados Unidos, sino también de aquel a quien ellos llamaban el Viejo—tenía entonces 48 años—o el Coro, el teniente coronel Augusto Vicente Loarca, jefe de Estado Mayor de Jacobo Arbenz, que se había ido con ellos a la guerrilla. Loarca cayó en 1965 combatiendo en la ciudad, cuando el ejército rodeó la casa donde estaban él y un grupo de campesinos del MR13. El Coro organizó la resistencia. Se atrincheró junto con Paco, uno de los campesinos, dio orden a los demás de que escaparan y ellos dos abrieron fuego para dar tiempo a la fuga. Una vez que los otros pudieron salir por los techos, a media calle salió el Coro, ya herido, a terminar de disparar su metralleta porque ya no le quedaba de otra. “Si algún día me llega a tocar, te aseguro que me llevo varios por delante”, me había dicho una mañana con tono de militar. Cumplió.

Le dije entonces a Mario que, en mis recuerdos, cuando de este lado había conocido militares había encontrado en ellos, casi siempre, más rectitud que en los políticos. Si alguien me oyera, agregué, podría parecer ésta una extraña inclinación militarista. Y sin embargo no lo es. Sucede, simplemente, que ciertos rasgos del carácter militar, cuando se combinan con una opción por los oprimidos, resultan ajenos a los dobleces y las hipocresías de la política tal cual la conocemos. Quizás tuviera este origen una inclinación del general Lázaro Cárdenas que con cierta razón sonaba sorprendente para su amigo Frank Tannenbaum. Recuerda éste que el general “conocía mejor a los militares y, curiosamente, esperaba que los civiles fueran menos honestos y tuvieran menor integridad. Han sido educados en el ambiente corruptor de las grandes ciudades, explicaba”.

Pienso que tal vez la distinción esté en otro lado. La registra Marc Bloch, el historiador francés asesinado por los nazis en 1944, en sus memorias de la guerra, *La extraña derrota*:

Un joven oficial me decía, mientras hablábamos en el quicio de una puerta, en Malo-les-Bains bombardeada: “Esta guerra me ha enseñado muchas cosas. Ésta entre otras: que hay militares de profesión que nunca serán guerreros; y civiles que, al contrario, son guerreros por naturaleza”. Y agregaba: “Le confieso que yo jamás lo habría sospechado antes del 10 de mayo: usted es un guerrero”. La fórmula puede parecer ingenua. Pero no la creo totalmente falsa; ni en sus aplicaciones generales ni tampoco, si me interrogo con sinceridad, en lo que a mí personalmente se refiere.

Y si así es, la fórmula toca al mismo Mario Payeras, que militar no era, pero guerrero sí. Por eso su espíritu encontrará el diálogo fácil y el silencio fértil cuando sus restos, según lo quiso con amor Yolanda Colom, estén en Tuxtla Gutiérrez junto a los de Marco Antonio Yon Sosa y sus dos compañeros indígenas, Enrique Cahueque Juárez y Fidel Raxcacoj Xitumul, asesinados junto con él en Chiapas en mayo de 1970, dentro del territorio maya sin fronteras. Lo que ahora entre el pueblo es conocido como “la tumba del comandante”, será “la tumba de los comandantes” y seguirá teniendo las flores del sur.

Mario amaba las selvas, los árboles, las marimbas, los trenes, la lluvia, los azacuanes, las gaviotas, los chocoyos, los faisanes tempraneros, los pájaros de sus cielos guatemaltecos. De ellos nos contó en *El mundo como flor y como invento*. Alma de migrante que amaba a *Moby Dick* pero nunca pudo desamarrar de Guatemala, Mario escribió en *Latitud de la flor y el granizo*:

Siendo los cielos fluidos y la localización del país favorable para el trajín de las aves entre ambos hemisferios, por el espacio aéreo guatemalteco pasan múltiples rutas de especies migratorias. Por la ruta del Pacífico, durante los meses fríos, el cielo del litoral ve entrar garcetas de alas azules, patos golondrinos y chanos, especies migratorias que inician su desplazamiento al comenzar el otoño en el hemisferio norte. Tras su última escala en Pijijiapan, Chiapas, las aves sobrevuelan el Suchiate y se dispersan por esteros y lagunas costeras, coexistiendo durante la temporada con pijijes y alcaravanes. La atmósfera de Huehuetenango, a su vez, forma un espacio propicio para las aves que descienden en septiembre por el litoral del Golfo, provenientes de las rutas Central y del Misisipi. Esta vía, eventualmente, se bifurca en el área de la Laguna de Términos. A partir de allí unas especies siguen el litoral de Campeche, mientras otras se disgregan por los caminos del itsmo.

Estas aves, por lo visto, no conocen ni reconocen las fronteras. Quiero suponer que si por algún lado anda, el espíritu de Mario se complace en seguir en libertad estas migraciones, según el proyecto que propone en *Latitud*:

Cuando se explore el cielo guatemalteco se hallará la riqueza de vías que permiten sus corrientes aéreas y se conocerá la variedad de especies que transitan por ahí en el plumón de los pájaros, a bordo de las telas de araña trashumantes o como polen viajero.

O tal vez no. Tal vez camine nomás junto a los suyos, a los indígenas que tampoco quieren sufrir las fronteras ajenas, a los éxodos indios que en 1987 describió en *Latitud* y que hoy se reproducen en tierras chiapanecas:

Como la sierpe enroscada que en los glifos de la cuenta larga se muerde la propia cola, la clase social que consumió el ambiente y empobreció la realidad cierra su vuelta mortífera y emprende el aniquilamiento de los productores. Al entrar la rebelión en su séptimo año, las tropas del Estado, apoyadas por armas y helicópteros de guerra se lanzan en masa sobre las montañas. La violencia calculada en su estrategia destructiva hace arder los bosques, arrasa siembras y animales, extermina una tras otra las aldeas insurrectas: se propone liquidar la estructura antigua de principales, desarraigar la simiente, borrar la memoria misma. Junto a la vieja civilización de piedra labrada y régimen astronómico de la agricultura, uno de los aportes de los pueblos mesoamericanos a la cultura universal fue el cultivo del maíz. De este alimento fundamental, los indios de Guatemala llegaron a cultivar más de dos mil variedades. Durante el arrasamiento, las claves de la semilla transmitidas por siglos y generaciones, ardieron en las trojes o dejaron de existir al extinguirse el pensamiento de quienes la produjeron.

El éxodo de los pueblos para escapar a la matanza sólo tiene parangón, en la historia reciente, con las fugas en masa de los indios norteamericanos a su última frontera, bajo la persecución de las tropas de caballería yanquis. Poblaciones enteras, llevando a cuestras niños, ancianos, maíz y enseres domésticos, atraviesan por la noche las líneas enemigas y se internan en la selva, buscando los refugios de la línea fronteriza. Acampan en silencio, en la espesura inmediata a los trillos patrullados, avanzando lentamente en dirección al norte y agotando durante la marcha la sal y las demás provisiones. A territorio mexicano sólo alcanzan a llegar los fuertes. En sitios de la vertiente, marcados en la memoria, permanecen hasta hoy los restos desarraigados de quienes sucumbieron en la tentativa.

La cifra de los caídos no se conoce con exactitud y es probable que nunca pueda ser establecida. Tras las campañas de exterminio de los indios de Ixcán, despoblada la franja de parcelamientos por la máquina de guerra, los grupos de guerrilla que pasaron por ahí en el curso de los meses vieron cómo el jaguar, el pajuil y el tepezcuintle –ahuyentados hasta entonces por la colonización reciente– habían vuelto a frecuentar la selva solitaria.

No sé entonces si en las tumbas de Tuxtla Gutiérrez, o si en las calles de Praga o los canales de Amsterdam, o si en las múltiples rutas de especies migratorias, o si en las huellas de los éxodos de los pueblos indígenas, debo dejar mi recuerdo para Mario Payeras.

Para que por fin llegue adonde sea preciso, quedará pues en su revista, *Jaguar-Venado*, este cruce de caminos inventado por Mario. Es, última despedida, un gajo de la *Oda a Bartolomé Dias*, del angolano Fernando Ferreira de Loanda:

¿La muerte? No existe; nada existe en lo efímero,  
tan cerca el fin del principio, tan distante del deseado.

Hace mucho que morí mi muerte.

Insignificantes somos como la anónima semilla que el viento transporta  
para que en las inaccesibles laderas se alcen colores como banderas.

¡Oh, saberme poeta como tú te sabías marinero,  
domando las palabras como lo hacías tú con el viento y el mar,  
sordo al encanto de las sirenas o a las advertencias divinas!  
Callar ante la tempestad, pero inflexible hasta rasgar perpendicularmente  
el Atlántico, mezcla de pantera y Neptuno.

Saberme poeta como tú te sabías marinero,  
saberme uno, indivisible, mantenerme sin fracasos,  
sin amargura o sombra.

Muerte somos desde la cuna a la espada que nos traspasa,  
al viento que nos condena, al agua que nos diluye.

¡Oh jerarquía de fuego y cristal!  
¡Porque existimos destinados a un fin,  
fronteras sin color, donde una hoja caída  
y amarillenta no dice lo que expresaba  
cuando verde, escorada por el otoño!

[...]

PARA MARIO PAYERAS, SIN AMARGURA O SOMBRA

Ah, Bartolomé Dias, mi Ulises Lusiada,  
yo te consagraré en la piedra, con la palabra o ante Dios.  
Del pasado te lanzaré al futuro, y no habrá tempestad  
que te abata otra vez.

San Andrés Totoltepec, México D.F., 1995

NOTA

<sup>1</sup> Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*, México, Itaca-La Jornada, 2010.

